

# **LAS GUERRAS ÉTNICAS ¿SON FATALES? FALSAS LECTURAS Y VERDADERA LECCIÓN DE LA IMPLOSIÓN YUGOSLAVA<sup>1</sup>**

*Jean-François Gossiaux*

Los acontecimientos de Yugoslavia han dado lugar en Francia, —y supongo que asimismo en España, Italia, etc.,— a una verdadera explosión de lo que se podría llamar una «etnología espontánea», por analogía con la sociología espontánea, aquella que oímos desarrollar en la calle, en el bar, en los medios de comunicación. Sencillamente, aún cuando esa sociología se enuncia en principio con certeza, —se sabe de qué se habla, ya que se habla de uno mismo—, la etnología espontánea se presenta tras una cortina de modestia, siempre precedida de expresiones como: «Todo eso es muy complicado, no se entiende nada, no se puede entender nada». No obstante, cada uno expone su comentario.

La primera familia de explicaciones responde a un tipo de etnología extrema, o si se prefiere, de una clase de etnología primitiva. Se sitúa dentro de la categoría de la alteridad absoluta, de la barbarie —en sentido propio—, del salvajismo. Habría una brutalidad en los Balcanes, incluso hasta una crueldad inherente a la región. Véase como prueba las matanzas en serie de la última guerra mundial, y el número, extraordinariamente elevado, de víctimas para un territorio de esa dimensión. Ocasionalmente, se cita la anécdota de la cesta de ojos de Ante Pavelitch. Aunque, siendo lo más frecuente en el momento actual el insistir sobre la barbarie serbia, este tipo de recuerdo de los crímenes «oustaquis» no está de moda. Las atrocidades de los años cuarenta se ponen en relación con aquellas de principios de siglo, de las guerras balcánicas y de las rebeliones anti-otomanas que las precedieron, con las correrías de las bandas armadas y la ferocidad de las represiones turcas. La explicación «teórica», que constituye también la contrapartida positiva de esta reputación sanguinaria, se encuentra en la imagen de una sociedad, o sociedades, gobernada por los valores de

---

(1) Traducción del original francés de: Josette González.

honor y accesoriamente por el principio de «vendetta»; así pues, una sociedad armada y violenta, lejos de nuestra civilización pero coherente con esa misma violencia.

Un segundo tipo de interpretación une a la lejanía exótica la profundidad de la historia. Digamos que es de orden etno-histórico. Es el tema más amplio y doctamente desarrollado en los medios de comunicación y, más aún, el esquema que constituye casi el objeto de un consenso general: el de la «glaciación comunista». El totalitarismo comunista, aprisionando los pueblos, les habría impedido expresar sus antagonismos seculares, y la debacle del comunismo habría liberado todos esos odios ancestrales; la historia —que no es sino, en esencia, la de las confrontaciones entre los pueblos— recupera su curso desgraciadamente interrumpido. Este esquema, por otra parte, se aplica también allende Yugoslavia. Ha resurgido cada vez que un conflicto estalla en el ex-bloque comunista, en Europa, en el Cáucaso, en Asia central... Pero en el caso yugoslavo, lo específico del régimen «titista» añade color al cuadro. Queda por explicar porque, en cuanto que son libres, esos pueblos se arrojan unos contra otros. Se vuelve a caer, pues, en el estereotipo precedente, el de la violencia intrínseca, exótica. Algunos, no obstante, van más al fondo de las cosas, más al fondo de la historia, y dentro de la más amplia perspectiva geopolítica, conectan los conflictos actuales con el gran cisma de Oriente, incluso hasta con la pugna entre Roma y Bizancio. Resaltan en efecto, que el frente actual, al menos el del conflicto inicial, es decir, el de la guerra serbo-croata, coincide con una línea de ruptura que se encuentra de manera constante desde esa época lejana, la línea de ruptura entre Occidente y Oriente. Lo que complica todo, evidentemente, es que no existe uno, sino dos Orientes, o dos versiones de Oriente, la ortodoxa y la musulmana. Pero, de todas las maneras, los grandes conceptos históricos se citan fácilmente, al lado de intuiciones etnológicas, para dar cuenta de la actualidad.

Un tercer esquema, en fin se sitúa dentro de una perspectiva inversa, analizando la situación actual no como la manifestación de una permanencia histórica, sino como el producto de una configuración inédita. (Es, principalmente, el análisis de Edgar Morin). El postulado de partida es el siguiente: Al morir, el comunismo ha engendrado una entidad ideológica nueva, un tipo de transformación monstruosa que proviene de su cruce con el resurgido nacionalismo: el nacional-comunismo. En Yugoslavia, esta ideología es sostenida por una de las partes en conflicto, el poder serbio, encarnado por Slobodan Milosevic. La guerra no es más que el medio para un fin, la «purificación étnica», aquella, no es sino la aplicación de esa ideología. Una lectura semejante de los acontecimientos, que se basa en un análisis distanciado y altamente teórico (o que se quiere como tal), ha conducido paradójicamente (paradójica, pero naturalmente) a apreciaciones maniqueas y radicalmente reductoras. Un partido ha sido tachado de diabólico, según el procedimiento puesto en práctica unos años antes en la guerra del Golfo. Quien dice «diabolización» dice personificación, vocalización en una figura repulsiva, en esta ocasión la de Milosevic, e identificación de esa figura con una gran figura diabólica de la historia —evidentemente Hitler—. Los horrores de la guerra, los crímenes de guerra aparecen como la ejecución metódica de

un plan elaborado por una organización centralizada —el «aparato militar serbio»—. Nos deslizamos, así, uniendo un etnónimo a la barbarie instituida, hacia aquellas explicaciones del primer tipo que cité anteriormente, esas explicaciones de una alteridad fundamental, el salvajismo de los demás. Simplemente, aquí, todos aquellos que se baten no están reflejados en esa alteridad, sino solamente algunos de ellos aquellos que no son de Europa.

Todas esas producciones de lo que he llamado una «etnología espontánea», más o menos entremezclada con filosofía política, con historia geopolítica, etc., no son del todo diferentes de la realidad. Pero existen suficientes ejemplos contrarios para invalidar cada una de ellas en su pretensión de expresar una verdad total. Tomemos por ejemplo esa idea de una violencia específica de los Balcanes. Efectivamente, allí los conflictos armados se han desarrollado de un modo exacerbado. Pero ¿no es en verdad lo propio de todas las guerras? Piénsese en las matanzas del Palatinado, durante la gran época de la «guerra de encajes». La segunda guerra mundial ha sido particularmente mortífera en Yugoslavia. Pero son numerosos los lugares donde una u otra de las guerras mundiales han sido especialmente mortíferas. La represión de los movimientos de liberación nacional por los Turcos ha sido extremadamente dura. Las diversas represiones en las que se han sumido las potencias coloniales, medio siglo después, ¿han sido verdaderamente más clementes? Lo que, en cambio, puede parecer verdaderamente específico, hasta el punto de dar la imagen de una extraña crueldad, son las formas de esa violencia, o más exactamente su puesta en escena. El ejemplo más sorprendente es la famosa «torre de los cráneos» de Nich. Este tipo de espectáculo macabro estaba destinado a impresionar la imaginación de las poblaciones, a aterrorizarlas, en un período de rebelión crónica. La técnica es ciertamente particular, pero no así el método.

Si por lo tanto la violencia guerrera de los Balcanes no me parece, hablando con propiedad, extra-ordinaria, ¿qué realidad hay detrás de la imagen de una sociedad tradicional balcánica basada en el honor de la sangre, detrás de la imagen de una sociedad armada y entregada a la «vendetta» (representación e imagen que alimentan esa percepción deformada de los conflictos en la Península Balcánica)? Ciertas regiones, efectivamente, (en Albania, en Montenegro...) han cultivado un determinado modelo, que coincide con estructuras de linaje fuertes y una estricta «patrilinealidad». Pero ya no existe desde hace mucho tiempo. Sí ha existido alguna vez, en la mayor parte de las regiones de Serbia, por ejemplo, donde el principio «vertical», diacrónico, del *bratsvo* (el clan) desaparece tras el principio «horizontal» de la *zadruga* (la comunidad familiar, la comunidad de los hermanos). El campesino serbio, como el campesino croata, no están armados. O, más bien, la sociedad «tradicional» serbia no es una sociedad armada (lo mismo que la sociedad tradicional croata). En cambio, existen regiones donde los campesinos serbios estuvieron *institucionalmente* armados (institucionalmente, es decir, por el Estado, o a instigación del Estado). Se trata de «confines militares» situados, como su nombre indica, en la frontera entre los dos imperios, y donde Viena había instalado, como defensa contra los Turcos, una pobla-

ción serbia de campesinos-soldados, puestos a vivir en *zadruga* y movilizables permanentemente. Son sus descendientes quienes constituyen lo esencial de la «minoría serbia de Croacia» (pongo las comillas en la medida que los interesados, evidentemente, recusan esa apelación) concentrada en la famosa *Krajina*. Otra forma, más contemporánea, de dotación institucional de armamento de la sociedad —y en esta ocasión de toda la sociedad yugoslava— ha sido, en la Yugoslavia socialista, lo que se ha llamado el *sistema de defensa popular generalizada*, basado en una concepción de la defensa mediante la guerrilla. No es necesario ser experto en cuestiones militares para relacionar este sistema y las formas empleadas en la guerra civil actual. Pero que, repito, si existe una cierta tradición —sería mejor decir: una cierta costumbre— de sociedad armada en el territorio yugoslavo, ello se debe a la voluntad del Estado, o de los diferentes Estados, dentro de circunstancias históricas determinadas y en función de consideraciones precisas de política internacional. No se trata, salvo algunos casos que son la excepción, de una tradición inscrita en estructuras sociales, dentro de una cultura. No hay un atavismo balcánico de la violencia.

Examinemos ahora el segundo tipo de explicación «automática» de los conflictos yugoslavos —complementario del anterior— el esquema de los antagonismos seculares liberados por la debacle comunista. Es evidente que todos los conflictos llamados «nacionales» o «étnicos» que se desencadenan en diversos lugares del antiguo mundo comunista son la consecuencia inmediata de esa debacle y del derrumbamiento de las estructuras de poder. ¿Son, por lo tanto, la «reanudación» de confrontaciones permanentes que simplemente había estado *congeladas* durante ese período —para respetar la metáfora—? Puede ser cierto acá y acullá. En el caso preciso de Yugoslavia, hay que tener en cuenta lo específico del régimen de Tito. La federación yugoslava no fue una prisión de pueblos. La constitución de 1974 aplicó al extremo la lógica descentralizadora. Se puede sostener también, al revés del esquema clásico, que esta constitución establecida por un poder comunista, la que aprueba, si no las crea enteramente, las separaciones entre pueblos y entre repúblicas. En cualquier caso, esa fecha, muy anterior al «fin del comunismo», marca el principio de un proceso de desintegración de Yugoslavia, bajo la acción de fuerzas centrífugas cada vez menos contenidas. Por otra parte, es necesario precisar que incluso antes de 1974 la Yugoslavia socialista era infinitamente más respetuosa con las identidades nacionales que el reinado que la había precedido (véase el caso de Macedonia).

La antigua Yugoslavia, la que nació inmediatamente después de la primera guerra mundial, ¿era por su parte una «prisión de pueblos», una creación artificial de las cancillerías europeas, una anomalía donde las declaraciones de independencia de 1991-1992 habrían constituido un liquidación tardía?. El hecho es que después de un período en donde el reconocimiento de los pueblos, o por lo menos algunos de entre ellos, estaba inscrito en el nombre mismo del país (Reino de los Serbios, de los Croatas y los Eslovenos), el reino yugoslavo de los años treinta fue un Estado unitario, centralizado y dictatorial, por lo demás perturbado por la agitación crónica de separatistas croatas. Pero la Yugoslavia nacida de las convulsiones de la primera guerra mun-

dial era el resultado de un movimiento de larga duración sostenido tanto por Croatas como por Serbios. El yugoslavismo fue la forma que tomó en la región el nacionalismo del siglo diecinueve. El reino serbio al arrancar su independencia al imperio otomano sirvió de modelo y de referencia, pero la base intelectual de la identidad sud-eslava fue elaborada en el interior del imperio austro-húngaro, principalmente en Vojvodina y en Croacia (bajo el nombre de *ilirismo*). Es necesario resaltar, por otra parte, que antes de la segunda guerra mundial jamás ningún conflicto frontal había enfrentado los pueblos croata y serbio, a los cuales además, ya no había pertenecido ningún Estado desde el siglo XI y el XIV respectivamente. Los Croatas no eran los campeones del Occidente germánico como tampoco los Serbios eran los campeones del Oriente otomano. Al contrario, los defensores más sobresalientes del Imperio austro-húngaro, como he dicho, eran serbios. Los militares serbios ejercían además su talento por todos los confines de Europa. Los batallones croatas al servicio de Luis XIV, aquellos que han legado al mundo la «corbata», estaban, de hecho, compuestos por Serbios. No se puede pues citar a Serbia y Croacia en términos de enemigos hereditarios, con el mismo título, por ejemplo, que Francia y Alemania (o Francia e Inglaterra). Volviendo a una época más reciente, una identidad propiamente «yugoslava» tendía a afianzarse cada vez más en la Yugoslavia socialista en estrecha relación, principalmente, con el desarrollo de migraciones internas y el número creciente de matrimonios mixtos. Esto aparece de manera bastante nítida en los diferentes censos realizados durante ese período, hasta tal punto que es lícito preguntarse si las bases de un verdadero Estado-nación no estaban constituyéndose lentamente, a pesar de las estructuras oficialmente multi-nacionales y federales (en realidad cuasi-confederales). Naturalmente, no se sabrá nunca la respuesta.

Tercero (y último) cuadro de lectura del conflicto yugoslavo del que discutiré su pertinencia: el «nacional comunismo» y el «aparato militar serbio». Es evidente que un determinado número de partidos ex-comunistas han buscado, después de la desarticulación del bloque del Este, un retorno a la identidad y la legitimidad dentro de la efervescencia de las ideas nacionalistas. En el caso preciso que nos interesa, es igualmente evidente que el líder actual del partido de Serbia ha basado su carrera, mucho antes del fin de Yugoslavia, en la «defensa de los Serbios» (principalmente en Kosovo: «nunca más un Serbio debe ser golpeado»). Es innegable que ese mismo líder, en Belgrado, ha hecho alianza con el partido nacionalista más extremista. Es igualmente innegable que tanto en Croacia como en Bosnia, son las fuerzas serbias las que primero han comenzado la ofensiva militar.

¿Podemos sin embargo reducir todo ello a un fenómeno único, y explicar todo mediante el «nacional-comunismo»? Así, en el cuadro mismo de la ex-Yugoslavia, se puede hallar el caso de la figura completamente inversa a aquella así definida: en Macedonia, el Presidente, procedente del partido comunista, lleva una política moderada, mientras que su oposición «demócrata» le combate partiendo de posiciones nacionalistas. Por otra parte el nacionalismo del poder croata, aunque no «comunista», tiene muy poco que envidiar a cualquiera. ¿Cuál es el valor heurístico de un

concepto que no se refiere sino a una configuración entre otras?. En cuanto al aparato militar serbio como el único factor de guerra, e instigador omnipotente de todas las atrocidades, se trata de una tesis cada vez menos sostenida. Los enfrentamientos entre Croatas y Musulmanes en Bosnia central —enfrentamientos que se desarrollan exactamente igual que los causados por los Serbios— han invalidado las explicaciones unilaterales.

No se puede, por lo tanto, comprender los acontecimientos de Yugoslavia con la ayuda de esquemas preconcebidos, mezclando etnología, historia, ciencias políticas, y citando los caracteres étnicos, el destino de los pueblos, las pasiones ideológicas. Cada esquema filtra su parte de realidad, pero, también, cada uno deja escapar suficientes hechos como para pensar que falta lo esencial. Sin duda es demasiado ambicioso, aunque legítimo, el buscar una explicación global, totalizadora. Los acontecimientos son complejos, multívocos, y sobre todo demasiado actuales para permitir esa visión distanciada, indispensable tanto al etnólogo como al historiador. La etnología espontánea y la historia inmediata tienen sus límites. Me parece sin embargo que el fracaso de los modos de interpretación que he citado —o al menos lo que me parece su fracaso— se debe a una razón más fundamental. ¿Cuál es, en efecto, su punto en común?. Todos practican lo que llamaré un «análisis substancial» de las cosas. Dicho de otra manera, buscan explicar los hechos, los acontecimientos, mediante la «substancia» de las partes en causa, las cualidades (o los defectos) intrínsecos de los protagonistas, e incluso hasta por sus estados afectivos. Las sociedades balcánicas son violentas; los pueblos yugoslavos se odian; el poder serbio es nacional-comunista, el aparato militar serbio es opresivo, etc. Pero, esa aproximación, si es, llegado el caso, susceptible de describir los comportamientos, el modo en que los protagonistas actúan y reaccionan, no da razón de la situación misma y de su carga potencial. Utilizando una metáfora sugerida por esta última expresión, es comparable a la de un electricista que quisiera entender el funcionamiento de un circuito estudiando los aparatos alimentados, pero ignorando la noción de tensión.

Todo el mundo, creo, ha percibido bien el carácter específico de la guerra en Yugoslavia. No se trata de un conflicto internacional clásico, de una guerra entre Estados constituidos, como lo demuestra «a sensu contrario» el fracaso de tentativas jurídicas y diplomáticas de tratarlo como tal (un fracaso inevitable y esperado). No se trata tampoco de una guerra civil «ordinaria», en la medida que los protagonistas reivindican su pertenencia a distintas nacionalidades, aunque a menudo tome la forma de una guerra entre vecinos (en el sentido más corriente y más individual de la palabra), de una guerra entre personas que hasta ahora compartían el mismo marco de vida. Para marcar lo específico y también la rareza, el exotismo, se la ha calificado, como a otras guerras declaradas en los confines de la ex-URSS, de conflicto étnico. se encuentra de nuevo aquí la especie de etnología espontánea que cité antes, con su forma de alejar lo que inquieta. No obstante, más allá de esa simplificación intelectual, sugiero tomar la expresión en toda su importancia e intentar, atando los cabos, extraer las consecuencias.

Naturalmente, si se parte de una concepción «substancialista» de la etnia, se vuelve a caer en el mismo tipo de la explicación anterior, totalizador y limitado. Por «concepción substancialista» entiendo, evidentemente, el hecho de dotar a las etnias de una esencia propia, de una realidad substancial, lo que implica querer dar al término una definición objetiva y universal. («La etnia se define por una lengua, valores compartidos, etc.») Hay, además, prácticamente tantas definiciones como autores, y los criterios utilizados varían, de hecho, con lo que se quiere demostrar). Yo propondría, más bien, siguiendo los pasos dados por Fredrik Barth, distinguir cultura y etnia (aun cuando, naturalmente, hay relación entre las dos nociones) y de hablar no tanto de etnias sino de «estructura étnica».

¿Se puede encontrar dentro de la diversidad cultural de Yugoslavia el origen de profundas incomprendiones donde habría tomado raíz el conflicto armado?. Esa diversidad es efectivamente considerable, y que corresponde con el cruce de influencias que ha constituido siempre los Balcanes. Se presenta, no obstante, más como un *continuum* entre dos extremos que como una yuxtaposición de universos separados. No hay separaciones, diferencias que rompan la continuidad de un área de intercomunicación. Consideremos, por ejemplo, lo que se establece como elemento primordial de toda cultura, la lengua. Sin tener en cuenta las regiones periféricas, Eslovenia, Macedonia y Kosovo, el territorio yugoslavo cuenta con dos alfabetos (latín y cirílico), tres dialectos, el stokaviano, el kajkaviano y el cakaviano (del término que significa «que»: *sto, kaj, ca*), y tres formas de habla, el ekaviano, el jekaviano y el ikaviano (según la forma *e, je o i* derivadas de la antigua letra *iat*). Es a partir del stokaviano, bajo el impulso simultáneo de lingüistas croatas y serbios, que ha sido forjada, en el siglo diecinueve, la lengua literaria bautizada *serbo-croata*. Así es como la lengua hablada en Zagreb, proveniente por tanto del stokaviano, no es el dialecto de la región de Zagreb, que es el kajkaviano. El «croata» y el «serbio» son fundamentalmente la misma lengua. El primero, en el habla jekaviano y escritura latina, el segundo, en ekaviano y cirílico (pero el «serbio» de Montenegro y de las regiones adyacentes es el jekaviano, así como el que hablan los Serbios de Bosnia). Hay por lo tanto una gran diversidad de detalle en el seno de una unidad de fondo. Y, en todo caso, esta diversidad no se corresponde a una separación entre Croatas de un lado y Serbios de otro. A este respecto, el intento actual de de-construcción del serbo-croata y de re-construcción del croata —sería mejor decir «construcción» simplemente— parece muy artificial y voluntarista. Demuestra, en cualquier caso, que la función emblemática de la lengua prevalece sobre su función de comunicación.

La entidad lingüística que es el serbo-croata puede tomarse como una metáfora del área cultural que constituye Yugoslavia (o la «ex-Yugoslavia»). Al igual que con los rasgos lingüísticos, de un extremo al otro del territorio, existe una gran variabilidad en los rasgos culturales, pero las divisiones no coinciden, no constituyen verdaderas líneas de separación. Tomemos así el caso de la organización familiar, las estructuras sociales tradicionales (amplíe al máximo el sentido de la palabra «cultura», pero no hago, en el presente caso, sino seguir el ejemplo de los pensadores nacio-

nalistas del siglo diecinueve, que veían en la comunidad familiar un elemento de identidad cultura sud-eslava). La zadruga, esa forma de familia comunitaria, ha existido por todas partes en los pueblos yugoslavos como modelo dominante, salvo en Eslovenia. Ella ha perdurado durante más tiempo, y con sus caracteres más típicos, en Serbia del sur y en Macedonia. De una práctica como la del «precio de la novia» (*brideprice*) ha habido testimonios hasta una época relativamente reciente, tanto por los Albaneses de Kosovo como en Serbia del sur. Las estructuras tribales y de clan se vuelven a encontrar en los Albaneses y en Montenegro (pero no en otras partes). La cultura material (arquitectura, vestido, cocina...) está a ciencia cierta marcada por las ocupaciones extranjeras, y tanto más en cuanto que se hayan mantenido durante mucho tiempo. La influencia turca es así muy notable en los territorios que han pertenecido durante varios siglos al imperio otomano: Serbia —excepto Vojvodina— Macedonia, Bosnia, de manera cada vez más pronunciada a medida que se avanza hacia el sudeste. Pero se han encontrado también huellas en el norte, en las antiguas regiones austro-húngaras. Esto último ligado a fenómenos de vecindad y de préstamo, sin olvidar por otra parte que el imperio otomano, en su más grande extensión, ha llegado hasta las puertas de Viena. Las migraciones internas en la Yugoslavia moderna han jugado igualmente un papel de difusión. Respecto a la cultura oral, más allá de las influencias extranjeras, que le suministran determinados elementos anecdóticos, muestra, principalmente, la existencia de un substrato balcánico. Es así como se encuentra un mismo tema en los Albaneses, en los Serbios (así como también en los Griegos o los Rumanos), una misma balada es conocida en Belgrado y en el país dalmata, etc.

De la síntesis de esos diversos elementos resulta que las proximidades culturales son en esencia proximidades regionales, sin que exista, repitámoslo, solución de continuidad, de verdadera frontera entre las regiones. Entiéndase, mi tesis es que no se puede hablar de una cultura croata, de una cultura musulmana (con M mayúscula) ni, a fortiori, de una cultura serbia. si se considera que la cultura forma la substancia de la etnia, no se puede hablar entonces de etnia croata, etnia musulmana, etnia serbia. Y sin embargo, las personas se matan (o unas determinadas matan a otras) en nombre de su identidad croata, musulmana o serbia. En nombre de una identidad que no es la de un país, que no es local, puesto que se matan entre vecinos.

Como he dicho antes, es que no hay, a mi entender, coincidencia entre lo étnico y lo cultural; se trata de realidades de órdenes diferentes. Ciertamente, las «fronteras étnicas», tomando la expresión de Barth, se trazan con la ayuda de indicadores culturales, pero lo que importa, en esta circunstancia, no es el contenido intrínseco de ellos, sino su valor de código. En el caso que nos interesa, la «frontera» entre Serbios, Croatas y Musulmanes («Musulmanes» siendo la traducción oficial del etnónimo *Bosanci*, es decir, «Bosniacos») está marcada principalmente por la confesión religiosa. Pero es evidente que las religiones por sí mismas, los valores religiosos, no tienen nada que ver con el conflicto actual, incluso aunque naturalmente sean citadas a veces por una y otra parte. La religión no es, sin embargo, un «indicador universal» en Yugoslavia y en los Balcanes: Eslovenios y Croatas de una parte, Serbios y



Macedonios de otra, tienen la misma religión, y en estos dos casos el indicador es lingüístico. a la inversa, las diferentes religiones no constituyen línea de demarcación entre los Albaneses.

Lo que es esencial, por tanto, no es el indicador utilizado, sino la existencia de una frontera que separe, en el seno de una sociedad, las entidades que, por convenio, se llamaran «grupos étnicos», y sin que haga falta añadir otro significado preciso a ese término. Hablaré, en este caso de «sociedad con estructura étnica». Una estructura étnica no nace *ex-nihilo*. Guarda la huella de antiguos estados de hecho, la «frontera» (o las fronteras) corresponden a antiguas separaciones sociales, que se han o no perennizado como tales. Por ejemplo, en Bosnia, los Musulmanes son los descendientes de la clase dominante de la época otomana (de donde su nombre corriente de «Bosniacos»). Se podría a este propósito citar la eficacia respectiva de los diferentes indicadores posibles, —y principalmente el indicador religioso— en cuanto al «mantenimiento» y a la perpetuación de la frontera, entre otras cosas por la imposición de un principio de endogamia. Se puede citar igualmente, en el caso preciso de bosnia, la pertinencia política de la conversión al Islam. Pero eso es otra historia.

Las separaciones sociales, las situaciones jerárquicas, las funciones económicas consagradas por la calificación étnica han podido desaparecer y esa calificación misma les sobrevive. Las categorías étnicas, permanecen, entonces, como conchas vacías, permanentemente portadoras de identidad y en su momento susceptibles de recibir un contenido nuevo. En cualquier caso engendran, por el simple hecho de existir, funciones de representación y por lo tanto posiciones de poder, que por otra parte son para ellas mismas un factor de perennización. La etnicidad tiene intrínsecamente una dimensión política.

En el caso de Yugoslavia, esa dimensión ha sido oficializada y erigida asimismo en principio capital de la constitución, el principio de las nacionalidades. La sociedad se ha encontrado así fijada en su estructura étnica, y cuando ha llegado la época de la «democracia», los partidos candidatos se han constituido naturalmente sobre esta base. Y es sobre esta base étnica, dignamente presentada como «nacional», que se disputa el poder. Ahora bien, ella es fundamentalmente incompatible con el juego democrático. El equilibrio político —ya que las partes interesadas se presentan como nacionalidades— es el producto de una negociación, de un regateo permanente. En caso de fracaso de esta negociación, el conflicto que emana de ello no puede ser resuelto democráticamente, mediante el arbitraje del sufragio universal, según la expresión consagrada. En efecto, la regla del juego democrático descansa sobre el principio de la mayoría es decir sobre la razón no del más fuerte, sino del más numeroso, de aquel que puede actuar como el efectivo más numeroso. Es evidente que tal regla no puede ser aceptada por los participantes cuyo efectivo está, poco más o menos, determinado de antemano. (Se habla por otra parte de «minorías nacionales»). No hay, propiamente dicho, juego posible. El desgraciado referéndum de Bosnia, que ha puesto en marcha el engranaje de la violencia, ilustra lo que puede suceder al ignorar esa evidencia.

En tanto que es ilusorio pensar que todo puede resolverse mediante negociación,

sin un bloqueo redhibitorio en ningún momento, ¿debemos concluir que las guerras étnicas son fatales? Sólo un arbitraje externo, un poder supra-nacional puede hacerles oposición. Los imperios multinacionales (austro-húngaro, otomano...) han podido en una época asumir esa función. Actualmente, se atribuye, con preferencia, a la «comunidad internacional». Tanto en un caso como en el otro, y toda cuestión de eficacia puesta a un lado, la solución es exógena y así pues, por definición, no democrática. Quedarse (o entrar) en el marco democrático implica salir, de una manera o de otra, de la «estructura étnica».<sup>2</sup>

---

(2) Sólo he hablado de Yugoslavia, y mi conclusión no conlleva ni juicio de valor, ni moral universal. No he dicho que el individualismo democrático constituya el horizonte insuperable del ideal político. No pretendo tampoco que todo movimiento autonomista o separatismo regional sea reducible a un etnicismo. La pertenencia a un territorio puede definir el principio de un contrato social fuera de toda referencia étnica. Eso es lógicamente posible. Pero ¿es ideológicamente probable?